

LOS ERUDITOS

por Francisco-Manuel Nácher

Está bien leer mucho y aprender mucho de los otros. Pero ya no el hacer ostentación de ello. Todos sabemos que la mayor parte de lo que conocemos lo hemos aprendido de quienes han vivido, pensado y escrito antes que nosotros, pero no es preciso tomar nota del autor de cada frase más o menos acertada que leamos, ni es necesario ir citándolos continuamente, estropeando así artículos, libros y obras de todo tipo.

Por supuesto, el que cita siempre a otros no comete nunca errores. Pero está vacío. Recuerdo al efecto dos acontecimientos que me han impactado a lo largo de mi vida.

El primero se dio cuando, al adquirir el manual de Derecho Internacional Público, al principio del segundo curso de la carrera de Derecho, hace ya demasiados años, me di cuenta de que el libro estaba, todo él, compuesto única y exclusivamente de citas de otros autores. De manera que era totalmente imposible saber cuál era, en cada caso, la opinión del autor. Nunca he visto otro libro así. Y, tan clara era la imposibilidad de aprender Derecho Internacional Público con aquel libro que su autor, el catedrático de la asignatura, en una muestra más de su nivel intelectual, había llegado, según propia confesión, a un método "infalible" para calificar los exámenes escritos de su asignatura. Era verdaderamente genial, cómodo y, sobre todo, "justo". Funcionaba de este modo: Una vez en su poder los ejercicios de los alumnos, y retirado él al calor de su hogar, abría un paraguas y lo ponía boca abajo, introducía en él todas las papeletas para las calificaciones y, acto seguido, le daba vueltas rápidamente. Entonces, en una especie de Juicio de Dios, unos ejercicios, los menos, se salían del paraguas, mientras que los más - éramos en clase unos ciento cincuenta - se quedaban en el interior, apelmazados. Luego, el proceso era ya muy fácil: Los que se habían salido eran, clarísimamente, los que, excediendo de la masa, merecían el aprobado, que pasaba a notable o a sobresaliente según mayor fuese la distancia a que habían caído del paraguas. Los demás, suspenso.

Ese comportamiento, bien pensado, era el único posible dada la inanidad total del libro de texto. Desde entonces, cuando en cualquier obra escrita empiezo a ver citas, me entran ciertos inevitables pero justificados repeluznos. Y eso que yo fui, por un azar del destino, de los que las dos

veces se salieron del paraguas. Y digo “las dos veces” porque aquel catedrático lo era también de Derecho Internacional Privado, que se estudiaba en cuarto curso. Y con el texto de su correspondiente libro ocurría exactamente lo mismo que con el primero. Y, por tanto, el sistema de calificación era también idéntico. Sus alumnos de ambos cursos nunca supieron por qué aprobaban o suspendían, ni en qué habían acertado o fallado. El resultado de aquel estropicio intelectual fue que a nadie se nos despertó la vocación por el Derecho Internacional, ni Público ni Privado. De entre tantos, sólo salió un diplomático, que nos honra a todo el curso. Pero exclusivamente debido a la fortaleza de su vocación, es decir, "a pesar" del catedrático, y no “gracias a” la ayuda ni a la inspiración que recibió de él en las aulas.

Así actuó durante años este ínclito catedrático, convencido de tener en sus manos todo el Derecho Internacional. Y no le faltaba razón, puesto que lo tenía reproducido íntegramente en sus libros y éstos, no cabía duda, los había “copiado” él mismo.

El otro caso es más próximo en el tiempo pero igualmente ilustrativo:

Hace unos años tuve que hacer un viaje, de Madrid a una capital de provincia, en un autocar fletado por unos buenos amigos aragoneses que quisieron reunir a su alrededor a sus parientes e íntimos, con motivo de la celebración de sus bodas de plata.

A mí me pidieron que tratase de sentarme durante el viaje junto a un invitado especial que viajaba solo. Se trataba de un catedrático de Salamanca, según ellos muy culto, de conversación interesantísima. Esperaban, por tanto, que ambos lo pasásemos muy bien en animada charla. Tras presentarnos, pues, y una vez en el autocar, abandoné a mi mujer y me pasé al asiento del "sabio" para charlar con él.

Hablamos de todo, lo trascendente y lo anodino, lo divino y lo humano. Porque para eso da un viaje, sin prisas, entre amigos y de varias horas de duración.

Ya desde el principio de nuestra charla me llamó la atención que, fuese el tema que fuese el propuesto, mi interlocutor lo sentenciaba indefectiblemente evocando la cita de algún autor, quedándose con ello muy satisfecho.

Por más que intenté cambiar los temas para ver de hilvanar una conversación normal en la que ambos manifestásemos nuestras ideas sobre el asunto, todo fue inútil: Apenas yo exponía mi punto de vista, él zanjaba la cuestión con una cita acompañada del nombre de su autor. Realmente lo

pasé mal. No tenía ningún libro ni periódico a mano para ponerme a leer y huir de tamaña base de datos. Tampoco me pareció correcto regresar al asiento junto a mi abandonada esposa, después del interés de mis amigos por que el catedrático tuviera un viaje ameno. Así que tuve que soportar hasta el final a mi extraño interlocutor.

Yo, que comencé el viaje totalmente relajado, había ido poniéndome nervioso, como con un sentimiento profundo de pérdida de tiempo. Y no por mí, que también, sino principalmente por mi interlocutor. ¡Qué cantidad de años había perdido aquel hombre memorizando lo que pensaron otros y sin ser capaz de pensar por sí mismo sobre nada!

Después de casi cuatro horas de tensión in crescendo, llegué a un punto en que sentí una necesidad irrefrenable de hacer algo. Así que, entrando en la capital de destino, y dado que yo no iba a regresar, gracias a Dios, en el autocar a Madrid, sino que seguía viaje a Barcelona, le manifesté mi satisfacción por haberle conocido y por nuestro instructivo diálogo, pero no pude evitar el deplorar profundamente tenerme que quedar sin saber cuál era su propia opinión, porque yo suponía que alguna tendría, sobre cada uno de los muchísimos temas que habíamos abordado durante las cuatro horas del viaje.

Y es que los que citan a otros lo hacen por uno de estos dos motivos, o por los dos a la vez: O porque no tienen opinión propia y, si la tienen, les merece tan poca confianza que necesitan el aval de terceros; o para presumir de "leídos", término que ellos identifican con el de sabios. En ambos casos, lo único que ponen de manifiesto es que aún no han caído en la cuenta de que el pensar es el mayor privilegio de que goza el hombre en este mundo, y de que ninguno de los autores por ellos citados podría jurar que las ideas que firmó con su nombre eran exclusivamente suyas.

Lo verdaderamente importante para la Humanidad es que se le aporten ideas y caminos y luz. Quién los aporta, eso ya no es tan importante. Como es necesario que se construyan carreteras y pantanos, y que se inventen medios para el progreso, pero no tanto quién lo haga, pues el "autor", en cada caso, ya ha recibido su premio con la oportunidad de hacer algo útil.

Por tanto, y en términos generales, puede afirmarse que la cantidad de ideas propias que contiene un libro es siempre inversamente proporcional al número de citas de otros autores que contiene.

* * *